

EL SENTIDO DEL MARTIRIO CRISTIANO²

El siglo XX, más que otras épocas de la historia de la Iglesia, puede calificarse como “el siglo de los mártires”, debido al elevado número de cristianos que sufrieron por la fe cristiana hasta ir al encuentro de la muerte. Pero, ¿quiénes son los mártires y cuál es el sentido del martirio? En otras palabras, ¿qué distingue al mártir cristiano del héroe antiguo, que sufre y muere por no traicionar la patria, para ser fiel a las propias convicciones morales o políticas –en ese sentido el filósofo estoico Epicteto cita los nombres de Sócrates, de Prisco Elvidio y de Musonio (*Dissert., passim*)– y de todos aquellos que en este siglo salieron al encuentro de torturas, de la cárcel y de la muerte por las ideas políticas que profesaban, para no traicionar al partido o a los propios compañeros del partido, e incluso fueron fusilados solamente porque eran fascistas o comunistas o de algún otro color político?

¿Quién es pues el mártir cristiano? La palabra “mártir” viene del griego *martys-martyros*, que significa “testigo” e indica la persona que interviene en un proceso como testigo encargado o defensa. En el AT, en el proceso que *JHWH* intenta para decidir quién es el verdadero Dios (si *JHWH* o los dioses paganos), dice a los Israelitas: *Ustedes son mis testigos* (*Is* 43,10.12;44,8). De hecho Israel, que fue elegido por *JHWH* y sintió

¹Nació el 23/01/1921 en Gorgoglione (Matera); entró a la Compañía de Jesús en 1836; fue ordenado sacerdote en 1950. Se doctoró en Historia y Filosofía en la Universidad de Nápoles y obtuvo la licenciatura en Teología en la Facultad de los Jesuitas en Lovaina-Eegenhoven (Bélgica). Desde 1958 forma parte de la redacción de la *Civiltà Cattolica* (Roma), ocupándose de problemas de política italiana y de actualidad religiosa. Fue vicerrector desde 1985 a 1997. Actualmente es escritor emérito de la *Revista* y autor de muchas publicaciones.

²Artículo publicado en *La Civiltà Cattolica*, 2000, III, Cuaderno 3602 (15/7/ 2000), Roma, pp. 107-119. Tradujo Clara Freitag.

ser guiado por él —que de él recibió la salvación y la revelación—, tendrá que dar testimonio en base a estos hechos, ante las naciones del mundo, de la unicidad, de la realidad, de la divinidad de su Dios. Por eso los israelitas son llamados sus “testigos”.

Sin embargo, la idea de “mártir cristiano” no proviene ni del Antiguo Testamento ni de la persecución sufrida por el judaísmo tardío en la época de los Macabeos, por parte de Antíoco IV Epífanes; aunque en esta persecución muchos hebreos sufrieron tormentos atroces y hasta la muerte. Más tarde, Flavio Josefo describe con admiración las escenas en las que, sin lamento alguno, antes bien “sonrientes entre sufrimientos atroces”, soportan refinados tormentos (*De bello iudaico*, 2,151-153); también los rabinos Judá y Matías y sus 40 discípulos que murieron “por la ley de los padres” (*hyper tou patriou nomou*; *ibid.* 1,648-655). En el judaísmo se mantuvo viva la memoria del rabino Aqibà, asesinado por los romanos durante la insurrección de Bar Kok(ch) iba en el 136 d.C., quien se alegraba de que con su muerte daba cumplimiento al mandato: “Amarás a Dios con toda tu alma”.

Más aún, a estos personajes, que sufrieron y murieron por ser fieles a la “ley de los padres”, nunca se les aplica el calificativo *martyrs*. “Y no es casual. Para el *martyrs* cristiano, siempre está implícita la idea de que el testimonio fue rendido por alguien, que él da su testimonio ante otros. Para el “mártir” del judaísmo no se trata de esto. El martirio es valorizado exclusivamente en función del ideal farisaico del hombre piadoso. Este sufrir y morir por la ley es la obra religiosa por excelencia”. Por eso, de la muerte de los héroes macabeos y del rabino Aqibà, “para la comprensión del concepto proto-cristiano de mártir, no se obtiene aporte alguno” (H. Strathmann, *Martyrs*, en *GLNT*, vol. VI, 1.310).

El concepto cristiano de mártir, en realidad, viene de algunos textos del Nuevo Testamento. El término *martyrs* aparece allí 34 veces, sobre todo en *Hechos de los Apóstoles* (13 veces), en san Pablo (9 veces), y en el *Apocalipsis* (5 veces), pero jamás en los escritos de Juan, que usa 47 veces el verbo *martyrein* (dar testimonio) y 30 el sustantivo *martyria* (testimonio). En general, *martyrs* tiene el sentido de “persona que es testigo de los hechos”: así los Apóstoles son “testigos” (*martyres*) de lo que hizo y dijo Jesús y, de un modo particular, del hecho de su resurrección (*Lc* 14,47). Pero algunas veces se trata de un testimonio que conduce a la muerte. Así se dice que “fue derramada la sangre de Esteban, tu (de Jesús) testigo (*martyros sou*)” (*Hb* 22,20), y en el *Apocalipsis* Jesús habla de Antipas, “mi fiel testigo (*hoy martyrs mou ho pistos*), que fue conducido a la muerte en vuestra ciudad, trono de satanás” (*Ap* 2,13).

Sin embargo, tanto Esteban como Antipas no son llamados “testigos de Jesús” porque fueron muertos, sino que fueron muertos porque

son testigos, y testigos en el sentido que proclama el Evangelio. En otras palabras, son llamados testigos no por el hecho de haber derramado su sangre por Jesús, sino porque anuncian el Evangelio de Jesús. Lo que los hace testigos, sin embargo, es que han demostrado la extrema seriedad de su testimonio con el afrontar la muerte. Estos son “testigos fieles”: sólo ellos lo son en sentido pleno; sólo a ellos, por ende, les conviene el nombre de *martyres*.

Pero ellos no hacen más que seguir a Jesús, quien en el *Apocalipsis* es llamado *el testigo fiel* (*ho martyrs ho pistos*; *Ap* 1,5); *el testigo fiel y veraz* (*ho martyrs ho pistos*; *Ap* 3,14). En realidad Jesús demostró ser *el testigo fiel y veraz*, porque vino al mundo *para dar testimonio de la verdad* (*Jn* 18,37), con su muerte en la cruz demostró cuánta es la seriedad de su testimonio verdadero, de fiar. De ese modo se quiere decir que Jesús, el crucificado, es el prototipo del “testigo cristiano” (H. Strathmann, *martyrs*, *op. cit.*, 1.131-1.134).

En conclusión, el mártir es el testigo de Jesús que permanece fiel hasta derramar su sangre. Por eso, según el Nuevo Testamento, todos los cristianos están llamados a ser testigos de Jesús, pero no todos los testigos son mártires, sino solamente aquellos que lo son hasta el sacrificio de la vida. El martirio es una participación en la pasión y muerte cruenta de Jesús sobre la cruz.

Esta idea del martirio, que se encuentra mencionada más o menos explícitamente sólo en poquísimos textos, (*Hb* 22,20; *Ap* 2,13; 11,3), se afirma plenamente en los primeros siglos cristianos, distinguiéndose de la de “confesor” (*homologêtês*). Comenzando con el martirio de san Policarpo, obispo de Esmirna (160-170 d.C.), el nombre de mártir está reservado solamente para aquellos que murieron por Cristo. La carta de las iglesias de Vienne y de Lión recuerda que los cristianos que fueron entregados a las bestias y recibieron quemaduras y heridas, rechazaban el calificativo de mártires y no permitían que los llamen con ese nombre: “Mártires (*martyres*) son –decían– los que Cristo se dignó recibir en la confesión, después de haber impreso en ellos, con la muerte, el carácter del martirio. En cuanto a nosotros, somos modestos confesores (*homologoi*)”. (Eusebio, *Hist. ecl.* V, 2,2-3).

Así, en el lenguaje de los primeros siglos cristianos es mártir quien no sólo sufre por la fe, sino que muere por ella; en cambio, quien habiendo sufrido torturas, cárceles, exilio por causa de la fe, y sobrevive, es un confesor. Se hace una excepción con quien muere en la cárcel o es condenado *ad metalla*, dado que ese suplicio es espantoso. Pero aquí surge un problema: ¿el mártir es tal cuando confiesa su fe delante del juez y afirma que está dis-

puesto a sellar su confesión con la sangre, ya sea declarándose cristiano, ya sea rechazando sacrificar a los ídolos, rechazo que por ley comporta la muerte? ¿O hasta que no sea muerto realmente –y no sólo amenazado de muerte, condenado a muerte– es confesor; esto es, llega a ser mártir, sin agregar nada a su confesión, solamente porque es muerto? ¿Por qué?

Porque el mártir es el perfecto imitador y discípulo de Jesús, y no sería tal si no lo siguiera hasta la muerte. Eso es lo que afirma san Ignacio de Antioquía: solamente la muerte puede hacer de él al perfecto discípulo de Cristo: “Entonces seré verdadero discípulo de Cristo, cuando el mundo no vea más mi cuerpo” (*Ad Rom.*, 4,2). Cristo es el mártir “fiel y verdadero”, el mártir por excelencia: por eso no puede ser mártir verdadero quién no lo sigue hasta la muerte. Esto significa que lo que propiamente especifica el martirio no es tanto la “confesión de fe” (*homología*) que se hace delante del juez, sino la “muerte por Cristo”. Por tal motivo, mártir es más que confesor y testigo: cada mártir es un testigo, pero no todo testigo de la fe es un mártir.

Pero si el martirio era la manera más excelente de ser discípulo de Cristo por el hecho de derramar la propia sangre por su causa, no todos podían ser mártires, por el hecho de que la persecución no era la situación normal, sino más bien excepcional, de la Iglesia. Entonces se comenzó a pensar que habría al menos alguna cierta semejanza entre el martirio y alguna forma de vida virtuosa, como el monacato y la virginidad, a propósito de la que san Metodio de Olimpo decía: que las vírgenes padecían un martirio que dura toda la vida (*Symposion*, VII,3).

En ese sentido Comodiano afirma que hay muchos mártires sin derramamiento de sangre: *Multa sunt martytia quae sunt sine sanguine fuso* (*Instr.* II, 7,14); y san Basilio exhorta a los cristianos a hacerse mártires con la voluntad, sin persecución, sin fuego, sin azotes, y con los mismos méritos de los mártires (*In XL martyres* [PG 31,508]). San Juan Crisóstomo, a su vez, agrega: “No es solamente la muerte la que hace al mártir, sino también la voluntad (*martyra ouchi ho thanats poiiei monon alla kai he prothesis*”; *Laudatio s. Eusthii* [PG 50, 601]). Hablando después del sacrificio que el martirio comporta, observa: “Puedes también tú, si lo quieres, ofrecerte en algo semejante. ¿Por esto es necesario arrojarte al fuego? Hay otro fuego que tú puedes afrontar: el de la pobreza voluntaria, el de la austeridad. Mortifica y crucifica tu cuerpo y tú también recibirás la corona del martirio” (*In ep. Ad Hebr.*, Hom. XI, 3 [PG 63, 93]).

Así, la santidad cristiana se ha expresado en dos formas: en la del martirio y en la de la renuncia radical, implícita en la vida monástica y en

la práctica de la virginidad, y más tarde en toda forma de vida conforme al Evangelio, vivida en la práctica heroica de las virtudes cristianas a imitación de Cristo. Así se llegó a los santos “mártires” y los santos “confesores”, a los que faltó la ocasión del martirio, pero con el deseo del don total de su vida a Cristo.

De ese modo el martirio quedó como la forma ideal de la vida cristiana, por la cual toda vida cristiana perfecta en un modo u otro es un martirio. De ahí que en la Edad Media se hablaba –en particular en Irlanda– del “triple martirio”: el martirio “rojo”, consistente en el derramamiento de sangre; el martirio “blanco” de la ascética y de la virginidad; el martirio “verde” de la penitencia y el de ir al exilio con la finalidad de dar testimonio del cristianismo en otro País. De un modo especial, el estado religioso era designado como la “vida de martirio” (cfr. J. Leclercq, *La vie parfaite. Points de vue sur l'essence de l'état religieux*, Turnhout, 1948, 125-160. Cap. V: “*La vie martyre*”).

Si bajo el perfil espiritual la idea de martirio tiende a ampliarse, incluyendo toda forma de vida cristiana que comporte la imitación de Cristo en la muerte de cruz mediante el sufrimiento y la renuncia, bajo el perfil jurídico tiende a restringirse, por lo que el concepto de martirio comporta sobre todo la muerte violenta, efectiva y no simplemente amenazada. Por eso a aquellos que sufrieron el exilio, la prisión, las torturas, la pérdida de los bienes, pero que no murieron, la Iglesia califica, no con el título de mártires, sino de confesores de la fe. En segundo lugar, la muerte inmediata del mártir le debe ser infligida por un tercero (una persona individual o institución) por odio a la fe cristiana o de una verdad y de la virtud cristiana. En tercer lugar, la muerte debe ser sufrida como testimonio de la fe con un acto externo de aceptación consciente y libre, rechazando toda posibilidad ofrecida para evitarla, abandonando la fe. En cuarto lugar, la muerte debe ser aceptada con espíritu de fe y por amor a Cristo.

Por tanto, a fin de que se pueda hablar de martirio en sentido estricto, de parte del perseguidor debe haber la intención y la voluntad de combatir la fe cristiana y por ende matar a los que profesan y rechazan el renegarla: esto significa que el motivo por el que se inflige a una persona la muerte debe ser el odio contra la fe o contra la virtud cristiana que esté estrechamente relacionada con la fe, como la caridad, la justicia, la salvaguarda de la pureza: así es mártir no solamente quien es muerto por odio a la fe, sino también quien es muerto por haber hecho un acto de caridad, por haber defendido o defender la justicia, por haberse opuesto al que cometió o comete graves injusticias contra los débiles y pobres, los ino-

centes incapaces de defenderse.

En cambio no es mártir cristiano quien es ejecutado por motivos políticos o ideológicos, por motivos raciales o por otros motivos que no estén estrictamente relacionados con la fe, por más nobles que puedan ser. San Agustín afirma que no es la pena de muerte la que hace mártires, sino el motivo por el que son ejecutados: *Martyres non facit poena, sed causa* (*Enarr. In Ps, 34, 2, 12*). Lo que no significa que la pena sea indiferente o incluso pueda faltar, porque no hay martirio donde no hay muerte: significa solamente que en su esencia el martirio está constituido por el motivo por el que viene infligida la muerte, recordando empero que el motivo propiamente religioso puede ser camuflado con motivos de orden político o de orden penal.

De parte de la víctima, el martirio comporta el conocimiento de que se muere por testimoniar la fe cristiana o una virtud estrechamente relacionada con la fe, y por ende la voluntad de aceptar la muerte para testimoniar la fe y el amor a Jesucristo y hacia los propios hermanos: por eso el martirio no solamente es un acto de fortaleza cristiana, sino sobre todo un acto de fe, en cuanto se acepta la muerte por afirmar la fe, es un acto – más aún, el acto supremo– de caridad, porque es por amor de Cristo y de los hermanos que se va al encuentro de la muerte. Por tanto, si faltara la caridad –sea hacia Dios y Cristo, sea hacia el perseguidor: si por ejemplo, se muriera odiando o maldiciendo al perseguidor y no perdonándolo–, no habría martirio cristiano. Santo Tomás de Aquino escribe justamente que el martirio sin caridad no tiene valor: *Sine charitate non valet* (*Suma Teol. II.II, q. 124, a. 2 ad 2*).

De todo cuanto se dijo debe concluirse que la noción de martirio cristiano no debe ser excesivamente restringida, como se hizo en el pasado en los procesos canónicos para cerciorarse de la seguridad del martirio “en odio de la fe”, entendiendo esta expresión en un sentido muy limitado, sin tener en cuenta que el ejercicio de la caridad y la defensa de la justicia forman parte a título pleno de la “fe”, por lo cual quien es muerto por haber cumplido un acto de caridad y por haber defendido personas débiles injustamente oprimidas incluso por personas “católicas”, es muerto “en odio de la fe”, la cual se traduce en la caridad y exige la justicia; pero se debe concluir también que la noción de martirio cristiano no debe ser ampliada indebidamente, como nos parece que se tiende a hacer hoy por parte de algunos, hablando, por ejemplo de “mártires de las mafias”, de los “mártires del terrorismo”, de los “mártires de la dignidad de la mujer” y *vía diciendo*. También entre estos “mártires”, puede haber cristianos auténticos, pero eso debe demostrarse claramente.

Si dirigimos ahora la mirada a la historia de la Iglesia, notamos que, si bien ella no puede llamarse una historia de mártires, sin embargo es una historia en que las persecuciones que causaron la muerte por la fe de muchos cristianos, fueron frecuentes. En los primeros tres siglos el cristianismo fue perseguido en el Imperio romano como *religio illicita*, si bien no en forma continuada, y en todo el Imperio. El primer emperador que persiguió cristianos fue Nerón en el año 64 con la acusación de haber incendiado Roma: según Tácito (*Annales* 15,44) un gran número (*ingens multitudo*) de cristianos fue condenado a muerte por el fuego, por crucifixión y arrojados como pasto a las fieras. No obstante esa persecución, en la que murieron entre otros Pedro y Pablo, parecería estar limitada a la ciudad de Roma. Bajo Domiciano (81-96) los cristianos fueron perseguidos en Roma y en algunas provincias con la acusación de “ateísmo”. Trajano (98-117) ordenó a Plinio el Joven no salir a buscar cristianos, pero sí castigar con la muerte a los que fueran acusados y rechazaran sacrificar, confesando ser cristianos. En torno al 107, Ignacio, obispo de Antioquía, fue arrojado como pasto de las fieras en Roma. Bajo Antonino Pío (138-161) sufrieron el martirio Policarpo, obispo de Esmirna, y once cristianos. Bajo Marco Aurelio (161-180), que tuvo gran rechazo a los cristianos, guardándoles desprecio por la muerte “teatral y fruto de obstinación” (*Pensieri*, 11,3), fue martirizado en Roma el filósofo Justino en torno al 163, y en el 177 en Lyon fueron muertos 48 cristianos, entre los que una esclava muy joven, Blandina, ocupaba su lugar. Bajo Cómodo (180-192) fueron muertos a espada en Cartago 12 cristianos, provenientes de Scillum. Bajo Septimio Severo (193-211) la persecución no fue ni general ni continuada: en Alejandría fue muerto Leónidas, padre de Orígenes, y en Cartago fueron arrojados a las fieras en el anfiteatro cinco cristianos en el 203, entre los que figuraban dos mujeres jóvenes, Perpetua y Felicidad. Bajo Decio (249-251) comenzó una persecución general, que continuó con Valeriano (253-260) y en la que halló la muerte el papa Sixto II en Roma, y el obispo Cipriano en Cartago. La persecución general extendida en todo el imperio fue particularmente sanguinaria bajo Diocleciano (284-305): éste quería extirpar el cristianismo en el imperio con la destrucción de las iglesias, quemando los libros sagrados, suprimiendo las reuniones religiosas, eliminando a los cristianos de los cargos públicos y de los altos grados militares. Así, muchos entre los mártires famosos son de este período.

Persecuciones locales hubo bajo Maximino Daia, Licinio y Julián el Apóstata (361-363), pero ya habían comenzado las persecuciones de los arrianos contra los católicos, sea por parte de los emperadores romanos

arrianos, sea por parte de los godos, convertidos al arrianismo, cuando invadieron el Imperio de Occidente. Particularmente feroces se mostraron los Vándalos, que en el 455 se apoderaron del África romana. Entre tanto en el siglo IV la Iglesia católica sufrió una grave persecución, que masacró gran cantidad de cristianos, en Persia, bajo Sapor II (310-380) y después bajo Cosroe II (590-628).

Durante el Medioevo no hubo persecuciones de mayor alcance: solamente se tuvieron casos esporádicos de martirio por parte de pueblos paganos como los Sajones, Normandos, Eslavos y Avaros, Frisones, antes que estos pueblos abrazaran el cristianismo. En cambio hubo una persecución a la inversa, esto es, de parte de los cristianos contra los hebreos, contra los cátaros y contra los herejes. De su parte, los musulmanes que en los siglos VII y VIII conquistaron los países cristianos del Medio Oriente, del África Septentrional y de España, hicieron no pocos mártires, pero una vez que se apoderaron de esos países, permitieron a los cristianos que practicaran su religión, siempre que pagaran un impuesto (*gizya*) y aceptaran la condición de *dhimmi*, esto es “protegidos” del Estado islámico.

Un nuevo período de persecución —en el que los católicos fueron víctimas, pero a su vez también autores— tuvo comienzo en el Quinientos, y fue particularmente cruel en Inglaterra bajo Enrique VIII (1491-1547), que hizo ejecutar al obispo Juan Fischer y al canciller Tomás Moro, y bajo la reina Isabel I (1533-1603), que hizo morir a muchos católicos —entre los que emerge la figura del jesuita Edmund Campion— de una manera espantosa: el condenado, después de sufrir horribles torturas en la Torre de Londres, fue ahorcado, pero el verdugo había de cortar la cuerda antes de estrangularlo, extender al ahorcado sobre una mesa, abrirle el vientre, extraerle las vísceras y el corazón y luego reducir el cadáver a pedazos.

Hubo persecuciones durante la guerra de los Treinta años —en base al principio *cuius regio, eius et religio*—, que produjo mártires en muchos países europeos. Se tuvieron episodios de persecuciones aisladas contra los cristianos en países de misiones y en Europa, Ucrania y Polonia: los mártires de mayor relevancia fueron Josafat Kuncewicz, obispo de Polock, muerto en Vitebsk en el 1623, y el jesuita Andrés Bobola, muerto en el año 1657 por los cosacos en Ianov (Polonia), después de horribles torturas. Pero la persecución más grave y prolongada se dio en Japón, donde fue destruída una Iglesia floreciente y millares de misioneros y de cristianos muertos en la forma más atroz.

El siglo XVIII culmina con la Revolución Francesa, que desencadenó una persecución breve pero muy violenta contra la Iglesia. Muchos fueron los sacerdotes, religiosos, laicos, muertos en prisiones o guillotina-dos. El 17 de julio de 1794 fueron guillotina-das en París 16 carmelitas de

Compiègne. En el siglo XIX hubo mártires aislados en países de misión y en 1871 en París, pero en los países latinos y en Alemania no hubo persecuciones notables, sí un violento anticlericalismo. Pero el siglo que cuenta el mayor número de mártires en la Historia de la Iglesia fue el Novecientos.

Los primeros mártires del siglo XX se dieron en China por parte de los Boxers, una secta xenófoba y anticristiana: fueron muertos 180 misioneros y cerca de 40.000 cristianos. Desde 1894 a 1918 los turcos masacraron alrededor de dos millones de cristianos armenios. En los años Veinte, se desencadenó una violenta persecución contra la Iglesia en México por los gobiernos anticlericales del general Obregón y de P. E. Calles: el mártir más notable fue el jesuita Miguel Agustín Pro, fusilado el 23 de noviembre de 1927, pero las personas muertas fueron alrededor de 200. En los años treinta, durante la guerra civil española fueron torturados ferozmente y asesinados por parte de los comunistas, de los anarquistas y de los franquistas anticlericales, 13 obispos, alrededor de 7000 sacerdotes, religiosos y religiosas y 3000 laicos, hombres y mujeres, pertenecientes a la Acción Católica.

El mayor número de mártires del siglo XX, sin embargo, se dio en los países de la Unión Soviética y en los países comunistas durante y después de la segunda guerra mundial, por parte de la Armada Roja: N. Lenin, quien se declaraba “enemigo de Dios”, apenas había consolidado su poder, dio orden secreta de exterminar a la Iglesia rusa, matando el mayor número de hombres de Iglesia. Así, en 1922 fueron martirizados 2691 sacerdotes y diáconos, 1692 monjes, 3477 religiosos y la mayor parte de los obispos fueron muertos, encerrados en cárceles o enviados a campos de concentración. La persecución continuó con creciente furor bajo Stalin y también bajo Kruschev. Después de la guerra fue la vuelta de la Iglesia católica: las comunidades greco-católicas, –cristianos de ritos orientales unidos a Roma, comúnmente llamados “uniatas”– de la Ucrania y de otros países, fueron exterminados. En los países católicos, entrados en la órbita soviética, las persecuciones, violentísimas, produjeron un número incalculable de mártires. Particularmente feroz fue la persecución comunista en Albania, declarado el primer Estado ateo del mundo. Fuera de Europa, la Iglesia fue perseguida en todos los países gobernados por regímenes comunistas: Vietnam del Norte, Laos, Camboya, y sobre todo China.

Si el comunismo del siglo XX se propuso la destrucción de la “superstición religiosa”, el nacionalsocialismo del III *Reich* pretendió imponer una ideología neopagana y radicalmente anticristiana, fundada

sobre la superioridad de la raza aria y sobre la eliminación violenta de las razas inferiores, en primer lugar la raza hebrea, una ideología que ningún cristiano podía aceptar: de ahí el odio nazi a la Iglesia católica y a los cristianos –sacerdotes, religiosos y laicos–, muchos de los cuales fueron asesinados en los campos de concentración y algunos de ellos murieron por las torturas y por las horribles condiciones de vida en los *Lager*.

En la segunda mitad del siglo XX halló la muerte un número considerable de cristianos ya sea en las luchas políticas y tribales de África, ya sea por defender los derechos humanos de los pobres en países de América Latina, dominada por dictaduras autoritarias: el nombre más notable es el de Mons. Oscar Romero, obispo de San Salvador, asesinado el 24 de marzo de 1980 mientras celebraba la Eucaristía.

Por tanto, cuando se considera la historia de la Iglesia desde su nacimiento hasta el día de hoy, no se puede no destacar un hecho único en la historia de las religiones: el hecho del martirio, presente en todas las épocas de la Iglesia, inclusive con intensidad diversa. ¿Qué significa este hecho? Sobre todo notamos que se cumplen algunas palabras de Jesús. En el Evangelio según Mateo, Jesús anuncia a sus discípulos que ellos serán consignados a los tribunales y conducidos ante los gobernadores y reyes “por causa suya”, para dar testimonio: *Serán odiados por todos a causa de mi nombre (Mt 10,22)*. Y en el Evangelio según san Juan, Jesús dice a los discípulos: “*Acuérdense de las palabras que les dije: el siervo no es más grande que su amo. Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes. Pero todo esto lo harán a causa de mi nombre*” (Jn 15,20-21). El destino del discípulo, pues, es el de Jesús: la persecución.

La presencia del martirio en la vida de la Iglesia, entonces, significa que no obstante todas las miserias y debilidades, la Iglesia es la Iglesia de Jesucristo: el martirio es un argumento a favor de la perennidad histórica de la Iglesia. Significa también que la Iglesia continúa en la historia humana la misión de Jesús, que no solamente fue la de anunciar el reino de Dios y llamar a los hombres a la conversión, sino también la de sufrir y morir sobre la cruz por la salvación del mundo. En realidad los mártires tienen conciencia de seguir a Jesús, de llevar la cruz como él, de continuar su pasión por la salvación de los hombres. Ellos sienten que el martirio es un privilegio, porque los pone en comunión íntima con su señor crucificado. Por eso en las *Actas de mártires* se lee frecuentemente que la respuesta que ellos dan a los que los condenan a muerte, es: *Deo gratias (Actas proconsulares del martirio de san Cipriano obispo, 3-6 [CSEL, 3, 112-114])*. De ese modo los mártires tienen la convicción que está subra-

yada en la relación del *Martirio de san Policarpo* (2,2), en la *Pasión de Perpetua y Felicidad* (18): que Cristo sufre y triunfa en ellos.

En segundo lugar relevamos que el martirio es una confesión de fe, esto es un testimonio rendido a Jesucristo no con palabras, sino con los hechos, sufriendo y muriendo por su causa: esto significa que el mártir afirma de la manera más seria y más convincente que Jesucristo es el Hijo de Dios, que ésta es su fe y que por esta su fe él acepta los sufrimientos más atroces y las formas de muerte más horribles. Pero esta confesión de fe no es solamente personal: de hecho él afronta el martirio como “cristiano”, es decir, como miembro de la Iglesia, de la que quiere testimoniar su fe. Por eso, el martirio es siempre un hecho eclesial. Es toda la Iglesia quien en la persona del mártir confiesa su fe en Jesucristo, de la manera más concreta posible. Lo notaba, después de san Agustín (*Enarr. In Ps.* 118, 30,5), B. Pascal, subrayando el lazo espiritual entre los mártires y los otros cristianos: “El ejemplo de la muerte de los mártires nos conmueve (*nous touche*) porque ellos son nuestros miembros. Nosotros estamos ligados con ellos; su valor puede ser el nuestro, no sólo con el ejemplo, sino porque tal vez mereció el nuestro” (*Pensées*, ed. Brunshvicg, n. 481).

De hecho esta confesión de fe hecha por el mártir sobre todo debe ser ejemplo y estímulo para otros cristianos, para que afronten con coraje el “buen combate de la fe” (*1 Tm* 6, 12), confirmando su fidelidad al Evangelio y superando las dificultades que encontrará al profesarse cristiano y, sobre todo, al vivir como cristiano, sea en las circunstancias normales de la vida, sea en los momentos difíciles que toda vida cristiana seriamente vivida necesariamente comporta. He aquí la razón por la que Dios no deja que nunca falten a la Iglesia los mártires.

Pero el martirio también debe cuestionar a los que no son cristianos. Sobre todo el hecho del incalculable número de mártires cristianos, y sobre todo el modo en que los mártires afrontaron las torturas y la muerte –con coraje, con alegría, a veces hasta con humor (es el caso de Tomás Moro), siempre perdonando a los que fueron causa de su muerte y rogando por ellos– no puede uno no preguntarse de dónde sacan tanta serenidad y tanto coraje. En efecto, los mártires cristianos no son ni héroes ni profesan la *ataraxia* estoica ante la muerte, sino que son sólo creaturas débiles, a veces hasta muy jóvenes. Ya Tertuliano se cuestionaba este problema escribiendo: ¿“Quien, pues, no se siente conmovido y no se pregunta el por qué de este misterio? ¿Quién, pues, no lo buscó sin unirse a nosotros?” (*Apol.* 50,15).

San Justino reconoce haberse convertido al cristianismo viendo el coraje de los mártires: “Viéndolos intrépidos ante la muerte, yo comprendí que era imposible que ellos vivieran en el vicio y en el amor a los placeres” (*Apol.* 2,12). Por lo demás, cuanto se daba en los primeros tiem-

pos del cristianismo, como notan Tertuliano y el autor de la carta a Diogneto: *Plures efficitur quotiens metimur a vobis: semen est sanguis christianorum* –Cada vez que ustedes nos masacran aumentamos de número: la sangre de los cristianos es una semilla– (*Apol.* 50,13; *Ad Diogn.* 7,5-9).

Destacamos en tercer lugar que para el mártir la fe en Cristo y el amor a Cristo son los valores más elevados y absolutos de su existencia, tanto que por no renegar de él, ellos están prontos a morir. De hecho no hemos de olvidar que las más de las veces al mártir se lo pone ante la alternativa de renegar de la fe en Cristo y de su amor a Cristo o de ser torturado y muerto. En las actas del martirio de san Justino se narra que el prefecto Rústico pone a Justino y sus compañeros ante la alternativa: sacrificar a los dioses o ser torturados y decapitados. Justino es el primero en negarse a sacrificar. Lo mismo afirmaron los otros mártires: “Haz lo que quieras; nosotros somos cristianos y no sacrificamos a los ídolos”. La condena es la decapitación “según las normas de la ley” (PG 6, 1366-1371).

Esta decisión de los mártires de morir antes que renegar de su fe y de su amor a Cristo es locura a los ojos humanos. Así –lo hemos recordado– lo consideraba un hombre de gran relevancia moral, el emperador Marco Aurelio. Pero también puede hacer reflexionar sobre el valor de la fe, que es tan grande que por ella se sacrifica la vida. Escribe B. Pascal: “Solamente creo en las historias cuyos testigos se harían degollar” (*Pensées*, ed. Brunschvicg, n.593). En otras palabras, si para los cristianos la fe es un valor tan grande que por ella se está dispuesto a morir, esto no puede sino hacer reflexionar sobre la posible verdad del cristianismo. No se sacrifica la vida por una ilusión o por una fábula, cuando los que sacrifican no son ilusos y fanáticos, sino personas normales, razonables, de alto nivel moral y con frecuencia también de buen nivel cultural y de sano juicio.

El 7 de mayo del 2000, Juan Pablo II, en una ceremonia ecuménica en el coliseo (cfr. *Civ. Catt.* 2000, II, 598-607), quiso que la Iglesia –no solamente la Iglesia católica, sino también las otras Iglesias y Comuniones cristianas– recordaran que el martirio es una realidad que forma parte de la naturaleza de la Iglesia misma y que el siglo XX fue, más que otras épocas, “el siglo de los mártires”.

En este sentido, él quiso dar un “signo”, ya sea a los cristianos como a los no cristianos y a los no creyentes, para invitarlos a reflexionar no solamente sobre la trágica realidad del martirio –para el siglo XX son 12.692 los nombres, de los cuales 2.351 son laicos; 5.353, sacerdotes y seminaristas; 4.872, religiosos y religiosas, y 126, obispos– sino sobre el significado que el martirio tiene para la vida de los cristianos y también para los que no lo son, pero que sin embargo tienen el culto de los valores que dan dignidad a la vida para ser vivida y para darla, cuando es necesario. En otras palabras, ¿podría no ser el martirio un testimonio rendido

a la Verdad, que en la historia humana continúa aquello que Jesús reconoció ante Pilato: *Por esto vine al mundo: para dar testimonio de la Verdad: quien es de la Verdad, escucha mi voz (Jn 18,37)?*

*Via di Porta Pinciana 1
00187 Roma
ITALIA*